

Merced Seniorina Zamora: pionera del arte colimense

Francisca Magaña Carrillo



Merced Seniorina sobresalió en un contexto histórico tradicional y conservador, donde la mujer solamente tenía un papel marginal en la actividad pública y, por ende, en la cultura, y mucho más en la expresión artística. La vocación de Merced, desde muy joven, fue el arte y la educación, como expresiones que le permitirían, indudablemente, la canalización de su sensibilidad e identidad como persona, como mujer y como artista.

El escenario familiar y social, en Colima, lo impedían desde un principio, pues era extraño, casi inaudito, que una mujer se dedicara al arte, a pintar, a dibujar, y que, por añadidura, buscara enseñar esta vocación a otras generaciones. En este sentido, Merced fue una pionera, pues sus objetivos individuales por aprender, enseñar y expresarse no se vieron coartados por el contexto, las formas y las convenciones sociales, siempre obstáculos para las inquietudes profesionales —digámoslo así— de las mujeres del medio en el cual se desenvolvía esta importante personalidad de la historia

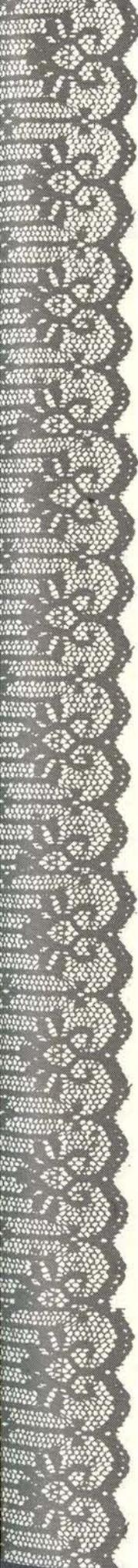
colimense, de lo que los historiadores llaman “el porfiriato”.

Merced fue la tercera hija de Victoriano Zamora y Merced García, un matrimonio que provenía de una familia destacada de Villa de Álvarez. Los padres eran católicos y conservadores, provincianos de “hueso colorado”, y de un grupo social de cierto nivel. Merced nació en octubre de 1866, coibada bajo ese seno familiar que marcó su existencia, pero del cual, al paso del tiempo, discrepó, sobre todo, en lo referente a la formación y actuación que como mujer tendría en la sociedad de su época.

Desde niña manifestó sus inquietudes por la pintura, el dibujo, los colores, las formas, sin encontrar un medio de expresión que le permitieran desarrollarlas y llevarlas a cabo con dedicación. En mucho, la familia, los padres, se lo impidieron en ese momento, pero el “amor por el arte” quedó allí, en el alma de esta mujer colimense.

Después, Merced ingresó a la Escuela Superior de Señoritas para estudiar lo que el común de las mujeres de su época y medio social estudiaban: educación. Se estu-





diaba de todo, menos arte, dibujo y pintura, pues los planes no contemplaban a las bellas artes como parte de la formación académica de los jóvenes y, mucho menos, para las mujeres con otras inquietudes y objetivos. Se dice que Merced dibujó en la mencionada escuela, bajo la enseñanza de Rosendo Rivera, y el ingeniero Longinos Banda, en álgebra y geometría.

En febrero de 1882 Merced era maestra de dibujo y pintura dentro de la misma Escuela Superior de Señoritas, que la recibió para impartir unas materias inexistentes en el plan de estudios. El éxito profesional la introdujo, indiscutiblemente, en una actividad docente fundamental que le permitiría, luego, introducirse de lleno en el arte.

Merced realizó sus pininos en el arte pictórico en el decenio de los años ochenta del siglo pasado, por las tablas que daba por entonces la enseñanza. La expresión vocacional de esta mujer pronto encontró un medio de acción concreta mediante el dibujo, el trazo y el color que la técnica del óleo y el dibujo ofrecían por aquel entonces. El objeto principal de atracción fue entonces el paisaje que rodeaba o formaba parte de la ciudad de las palmas, escenario desde el cual Merced impulsaría sus inquietudes plásticas, llenas de colorido, expresión, formas, figuras, exuberancias y gamas. Pero se resistía, evidentemente, a ser una autodidacta y a expresarse solamente en el medio que la rodeaba. Al paisaje se conjuntó el dibujo detallista, la figura humana, las geometrías de contextos. El placer por el arte acrecentó las inquietudes artísticas y estéticas de esta mujer, que consideró que era el momento adecuado para aprender más, profesionalizar el quehacer para aportar y desarrollar una vocación tan arraigada que consideraba como una pasión y una línea de vida hacia el futuro.

Por razones desconocidas, Merced decidió partir de Colima para buscar una alternativa de profesionalización en lo que le gustaba: el arte, la pintura, la expresión plástica. Su sueño, a cada paso, se convertiría en realidad. Ingresó a la Academia de San Carlos, institución formadora, desde entonces, de los principales artistas plásticos de este país. Dejó Colima con la convic-

ción de la necesidad de aprender y despegar en el medio artístico, difícil, machista y agresivo de los años cumbre del porfiriato. Era una soñadora, una idealista, que daba al traste con una formación tradicional y provinciana, sólo dedicada a las labores propias del sexo y la condición, sin alternativas públicas, donde la vocación parecía coincidir estrechamente. Merced seguía siendo pionera en este sentido.

La pintora colimense vivió en la ciudad de México, en una vecindad ubicada en Santa María la Redonda, muy cerca del centro de la capital, muy cerca también de la academia a la que había ingresado.

La academia pertenecía a la Escuela Nacional de Bellas Artes, que contaba con planes de estudio específicos para la formación que necesitaba Merced que, como buena provinciana, seguramente, se sintió impactada por la ciudad de los palacios, el edificio de la escuela y el funcionamiento de la academia. Pero sus sueños se hacían realidad. Allí cursó diversas materias que la introdujeron y le enseñaron el dibujo en serio, el conocimiento de las corrientes y tendencias artísticas, el medio artístico, las técnicas pictóricas de la época, la historia del arte y la conjunción en la perspectiva teórico-práctica que tanto necesitaba recibir. El vacío autodidacta que sentía en Colima se comenzó a desvanecer paulatinamente.

Un encuentro, una relación profesional, influiría determinadamente en su vida individual y en su vida artística. Uno de sus maestros, José María Velasco, de los principales paisajistas del momento, fue quien influyó sobremedida en los temas, las técnicas, los colores, las perspectivas, las formas y tendencias de la pintura que llevaría a cabo, desde ese momento, Merced, estrechamente vinculadas también con su vocación por el paisaje, la naturaleza, el realismo romántico, que le habían inquietado en el terruño colimense.

Velasco llevó de la mano a Merced, estableció una relación estrecha, profesional y personal, de la que saldría el desarrollo y la realización artística y estética de la pintora. Merced participó entonces en varios proyectos de Velasco y, paralelamente, realizó otras obras de estudio, como el retrato



o la figura humana, pero siempre inclinándose por la explotación artística del paisaje. En seguida, Merced fue incluida dentro de las mejores estudiantes de la academia y, como también ahora sucede, como parte del gremio de los artistas plásticos que pululaban desde su formación en la Academia de San Carlos. Sus sueños se hicieron realidad.

La mano y la expresión de Merced pronto dieron frutos. El mismo Velasco la incluyó en las obras que se llevaron a la *Exposición Internacional de París*, principalmente algunos paisajes donde la influencia de Velasco era considerable. Fruto de esa exposición fue el otorgamiento de una medalla de oro y un diploma con mención honorífica, que la obra de Merced recibió en la ciudad de México con satisfacción y una sensación, seguramente, de éxito y vanagloria. Ese sentimiento se acrecentó en el ánimo de Merced, pues era un logro importante de sus sueños y expectativas.

Fue entonces cuando el gobierno de Gildardo Gómez consideró que era importante apoyarla y convertirla en "profeta en su tierra". Después de conocerse los merecimientos de la obra de Merced, el gobier-

no le otorgó una pensión para que continuara estudiando pintura en la capital. Su éxito era parte del aporte artístico de los colimenses durante el porfiriato e, independientemente de su condición de mujer, Merced recibía tan alta distinción, que implicaba una valoración positiva a su obra, por parte de sus paisanos.

La pintora trabajó con ahínco y dedicación, siempre llevada de la mano de Velasco, quien la incluyó en varios proyectos de paisajes sobre el Valle de México y escenarios de los alrededores capitalinos. Fue en ese momento que Merced se convirtió, con pasión, en una paisajista de tiempo completo, y el manejo de la acuarela, el óleo, el lápiz y el carbón, se matizaron aún más, aplicados en lo fundamental al paisaje, pero también al retrato y a diversos aspectos del cuerpo humano. El paisaje, sin embargo, fue la pasión más acabada de la artista, por sus coloridos, sus amplitudes, sus aspectos, el cuidado de sus técnicas y formas.

Merced participó en la *Exposición Internacional de Chicago*, en 1893, en la *Exposición de Aguascalientes*, en la *XXII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes* y en otras más en la ciudad de México. Mer-

ced comenzó a ser reconocida en el medio artístico porfiriano de la ciudad de los palacios y a destacar como paisajista y naturalista.

En 1893, de manos de Porfirio Díaz, Merced recibió un diploma que la acreditaba como artista avanzada y destacada en la Escuela de Bellas Artes. El diploma era un logro, un éxito, una realización. Llegó el momento de retornar para reincorporarse a la Escuela de Señoritas de Colima. De inmediato, invitada por el reformador educativo Gregorio Torres Quintero, formaría parte también de la planta educativa de la Escuela Modelo, de reciente creación,





en donde ya se contemplaban materias especiales para la formación y educación artísticas de las alumnas mujeres, a través del dibujo, la geometría, la figura humana y las técnicas artísticas. Merced se incorporó como maestra, siendo iniciadora de la educación artística colimense desde ese momento.

La producción artística de Merced se incrementó considerablemente durante esos años, finales del siglo XIX, con la realización de paisajes colimenses, concentrados en ambientes y espacios característicos de la ciudad de Colima y sus alrededores. Cultivó también la acuarela de paisaje y el dibujo a lápiz o carbón de la figura humana y el retrato. Contaba ya, por aquel entonces, con discípulas mujeres, como Ángela Betancourt, que sería otra de las pioneras del arte en Colima.

Muchos proyectos realizados antes de su formación en la Ciudad de México comenzaron a ser retomados y produjo gran cantidad de obra desde ese entonces. Las *Inmediaciones de la Fábrica "La Atrevida"*, los *Llanos de Santa Juana*, los *Baños de la Salud*, la *Huerta de Álvarez*, los *Sauces en la Ribera del Río de Colima*, el *Valle de Colima*, los *Volcanes de Colima*, multitud de retratos y dibujos, son algunas de las obras principales de la identidad de esta artista. El fogueo y la práctica que daba la enseñanza redituaron, pero también la formación adquirida y las influencias velasquistas. El realismo romántico perduró en la expresión plástica con obras que brindaban colorido, plasticidad y realismo, con escenarios colimenses que reflejaban la belleza ambiental y la riqueza exuberante de Colima.

Merced no dejó de exponer, por su relación con José María Velasco, quien desde México la invitaba a participar en exposiciones importantes. Tales fueron los casos de la *Exposición Universal de Nashville* y la *XXIII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes*, que se prepararon desde 1899.

En esos eventos Merced se desbordó con obras de temas colimenses que causaron la admiración de su maestro y del medio artístico reunido, por lo regular, con la ausencia de la artista. Merced era ya una excelente paisajista, en cuya obra se dieron a conocer con detalle, profundidad y belleza los ambientes naturales del Colima de entonces.

Las primeras dos décadas de este siglo fueron vividas con intensidad por Merced, principalmente entre la producción pictórica y la educación artística, actividades que combinó a pesar de las turbulencias que experimentó el estado desde 1911 por la revolución, el advenimiento del alamillismo, el huertismo y el constitucionalismo, que afectaron, en algunas ocasiones, a las actividades educativas estatales. Durante esas décadas la producción de Merced no cambió. El paisaje, los ambientes campiranos y urbanos, las naturalezas, los bodegones, los retratos, fueron sus principales líneas de expresión, siempre con las mismas técnicas aprendidas en la Academia de San Carlos y el detallismo y realismo enseñados por Velasco.

No se tiene conocimiento acerca de la muerte de Merced, lo que se sabe con seguridad es que su deceso ocurrió a inicios de la década de los años veinte. Hasta su muerte continuó pintando, enseñando y soñando con una emoción y una pasión indiscutibles. Su huella en Colima, en su historia cultural, fue innegable, dejando discípulas y continuidad temática y técnica. Su biografía es la de una mujer soñadora, enamorada del terruño, maestra artística y pintora de tiempo completo. Su biografía por desgracia es difícil de articular y rescatar por los historiadores. Su obra, desperdigada, perdida o apolillada, se ha perdido en su mayor parte, se ha mantenido poco de ella y resguardado en colecciones privadas, en alguno que otro espacio cultural y, muy recientemente, en las galerías de la Universidad de Colima. ♦